

Seminario Concordia
 C. Corzo 5.
 1655 J. L. Cordero
 Bs. As. - Arg.

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
Después del Concilio	1
Las causas de la Reforma.....	9
Bosquejos del Antiguo Testamento.....	20
El nacimiento de "La Muerte de Dios".....	24
<i>Sermón: Yo he visto un milagro</i>	32
Bosquejos para Sermones.....	39
Bibliografía.....	48

Publicado
 por
 La Junta
 Misionera
 de la
 Iglesia
 Evangélica
 Luterana
 Argentina

Sermón

YO HE VISTO UN MILAGRO

San Juan 5:1-9

Señoras y señores.

Hermanos míos en Jesucristo.

El acápite que os acabo de leer en el Evangelio de San Juan nos pone en presencia de un milagro: ¡de un estupendo milagro!; de uno de los milagros más extraordinarios que hayan sido hechos en este mundo: Una curación instantánea, indefectible, de cualquier enfermedad: una curación realizada y repetida periódicamente, de tantos en tantos meses. La curación de sólo la primera y única persona que, después de agitadas las aguas del estanque de Betesda, se zambullía en ellas.

De que el pueblo tenía fe en la virtud curativa del agua de este estanque lo demuestra el autor sagrado al decir: “yacía allí” —en los cinco pórticos que rodeaban el estanque de Betesda— “una multitud de enfermos, ciegos, rengos, impedidos, que aguardaban la agitación del agua”, porque el agua se agitaba de cuando en cuando, y el que primero descendía al estanque después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese.

¿Cuál era el agente que producía la agitación del agua? Si nos atenemos al texto de De Valera: “Un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque, y agitaba el agua; y el que primero descendía al estanque después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese”. Pero este versículo, escondido en los mejores códices griegos, ignorado por todos los padres antiguos que comentaron el Evangelio de San Juan, suponen los modernos sea una glosa que, por descuido de algún copista, se “coló” en algún manuscrito y de esta manera pasó a los demás.

Supuesta, pues, la falta de autenticidad de este versículo, podemos afirmar que el manantial de esa piscina o estanque era “intermitente” y de aguas térmico-minerales; con virtud no de curar todos los males, pero sí de aliviar muchos de ellos. Cesada la interrupción, llega el agua que brota a borbotones, la super-

ficie del agua se agita, suben las sales metálicas a la capa superior, la radioactividad funciona y por eso resulta efectiva para el primero o los primeros y no para los siguientes.

“Había allí” —sigue diciendo el texto sagrado— “un hombre que hacía treinta y ocho que estaba enfermo.” Según los síntomas que de la enfermedad suministra el texto, no es propiamente un paralítico de inmovilidad absoluta, puesto que avanza hacia la piscina. Es más bien un tullido. Cuando Jesús lo vio acostado, y supo que llevaba ya mucho tiempo de esta manera, se acercó a él y le dijo: “¿Quieres ser sano?” “Señor” —le respondió el enfermo— “no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo”. Díjole entonces Jesús: “Levántate, toma tu lecho y anda”. Y al instante, aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo”; y aquella multitud de enfermos, ciegos, rengos y paralíticos vio ante sus ojos la realización de un milagro.

Yo también, hermanos míos, he visto un milagro. Lo he visto en pleno siglo XX.

Un gorrion penetró en el templo por una ventana que estaba abierta. Terminado el servicio de vísperas el sacristán apagó las luces, comenzó a cerrar las ventanas y las puertas sin preocuparse del pobre gorrion. A la mañana siguiente llegó al templo, juntamente conmigo, una persona que había venido para adorar y, observó que, sobre uno de los ventanales del templo por el que se filtraba la luz, un gorrion, el que había pernoctado en el templo, se agitaba desesperadamente queriendo salir al exterior. Aquel hombre que había venido para adorar, se acercó sigilosamente a la ventana, la abrió y el gorrion huyó hacia la luz buscando aire y alimentos, renovando de esta manera sus fuerzas a fin de gozar nuevamente de la libertad. ¡Ese es el milagro que vieron mis ojos!

¿Me preguntáis en qué consistía ese milagro? No fue aquello un milagro ni para usted, ni para mí; pero fue un milagro para el pájaro. Allí, en el templo, ocurrió algo producido por una sabiduría más grande y por un poder más grande, que la sabiduría y el poder de que disponía el pobre gorrion. Lo que mis ojos observaron fue un acto de simpatía que estaba muchísimo más allá del entendimiento del pájaro.

Comparemos el milagro de la libertad del gorrión con la curación del tullido en el estanque de Betesda. Aquel pobre hombre había hecho cuanto estaba a su alcance para sanarse, pero todos sus esfuerzos eran vanos. ¡Treinta y ocho años estuvo tirado en aquellas gradas, sin resultado alguno! ¡Cuando las aguas se agitaban aquel pobre hombre no contaba ni con un amigo que le tendiera una mano y le ayudara para poder meterse en el agua y sanarse!

Pero un día, después de mucho esperar, un hombre, un desconocido que por allí pasaba se fijó en él y le dijo: "Oye, ¿No te gustaría ser sanado?" Y el enfermo, alza sus ojos, los clava en los del desconocido y le dice: "Señor, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo". Y el hombre desconocido le dice al tullido: "Levántate, toma tu lecho, y anda". Y el tullido se puso en pie y anduvo. ¡Esto fue un milagro para aquel pobre enfermo! El que se le acercó en aquel día era alguien que poseía más sabiduría de la sabiduría que tenía el tullido, alguien que tenía consigo un gran poder y una profunda simpatía.

Yo quiero llamar la atención de ustedes a dos cosas sobresalientes en este acápite del Evangelio según San Juan.

En primer lugar quiero llamar la atención de ustedes a la palabra *impotencia*. ¡Cuántas cosas notables había alrededor de este tullido que no servían para prestarle ayuda alguna!

Allí estaban los cinco pórticos del estanque. Podríamos compararlos como símbolo de la cultura de aquella época. Cuatro de aquellos pórticos alrededor del estanque lo encerraban formando un cuadrilátero de 120 metros por 60, mas un quinto pórtico, recientemente descubierto, atravesaba el estanque, de lado a lado por su mitad, seccionándolo en dos partes, uniendo así el pórtico lateral de la izquierda con el de la derecha.

He dicho que estos hermosos pórticos pueden ser considerados como símbolo de la cultura de aquellos días. ¡Pero la cultura por sí misma no sana a nadie! ¡La cultura no reintegra una personalidad! Un palacete no es garantía de que dentro de él haya felicidad. Una familia espiritualmente dividida no se la une metiéndola en una mansión.

Solemos decir que "el tiempo cura muchos males", pero el tiempo no ayudó absolutamente en nada al pobre tullido que

yacía en las gradas que rodeaban el estanque. ¡En treinta y ocho años no había encontrado, no digo curación, sino ni alivio a sus males! El tiempo tiene en sí poder para hacer algunas cosas, en realidad muy pocas. Pero tratar de sanar una infección con *indiferencia* —¡dejando pasar el tiempo!— es en realidad una cosa muy peligrosa. Cubrir una herida solamente con una venda, no es curarla.

En respuesta a la pregunta de Jesús: “¿Te gustaría sanarte?”, respondió el enfermo: “Pero, Señor. Claro que sí. Hace treinta y ocho años que vengo abrigando esa esperanza. Pero... no tengo ni un amigo que me meta en el agua cuando éstas se mueven; y entre tanto que yo voy, otro, más hábil que yo, desciende y se cura”. ¡Qué cuadro el que presentó este hombre!

Yo, que he desarrollado por casi veinte años un ministerio de amor en la *HORA LUTERANA* he debido encontrarme con muchos corazones destrozados, con muchas almas amargadas; con hombres y mujeres que, como el tullido de la piscina, anhelaban encontrar alguien que los escuchara, alguien que simpatizara con ellos, alguien que les mostrase amor, no importa quien fuera, les bastaba con alguien. Yo puedo entender, pues, porque nadie, absolutamente nadie, durante treinta y ocho años se acercó a este pobre hombre para prestarle ayuda. ¡La gente se había acostumbrado a verlo y pasaba de largo! ¡Este hombre se había convertido en un pingajo humano que estorbaba el paso! Y no faltaría de entre el gentío de las gradas quien o quienes exclamaran al verlo llegar: ¡ahí está el tullido ese! Cómo las autoridades no nos libran de semejante espectáculo. En Plaza Constitución de Buenos Aires, casi frente al templo, tirada sobre el césped puede verse todos los días una pobre mujer, también pingajo humano, quien se pasa las horas sacándose los parásitos, y nadie, absolutamente nadie, se preocupa de ella. ¡Pasamos de largo!

Cuando alguien refería a un amigo en Jerusalén haber visto al tullido acostado en las gradas del estanque, con toda seguridad que el amigo le respondía: “¡oh, sí! conozco el caso. Ese no tiene remedio; de tenerlo hace ya tiempo que se habría sanado!” Pero los que así hablaban ignoraban que el pobre tullido no había tenido nunca la oportunidad de tocar el agua del estanque cuando sus aguas se movían. La necesidad de este hombre era mucho más grande que la simpatía que sentían por él los

que le habían visto. ¡Cuántas necesidades humanas hay en el mundo que están lejos, muy lejos de las simpatías de parientes y amigos! ¡Cuánta falta de amor hay en nuestro mundo! ¡Aquel tullido de las gradas del estanque de Betesda no podía ayudarse por sí mismo para meterse en el agua en el momento oportuno, pero durante treinta y ocho años no llegó a encontrar una persona amiga o amistosa que sólo por amor quisiera ayudarlo! ¡Cuántos tullidos hay en el mundo! ¡Y cuántos habemos que los conocemos pero que no estamos dispuestos a hacer nada en beneficio de ellos!

Hay quienes aseguran que Jesús sanó a este tullido porque representaba el peor caso que había en las gradas del estanque. Aquel tullido poseía un espíritu indomable y valiente. Jesús conocía lo que había en aquel pobre enfermo. Este tullido era en realidad un compañero espléndido. Cuando Jesús le dijo: "¿Quieres curarte?", su implícita respuesta fue: "¿Pero no has visto que he estado tratando de meterme a tiempo en el estanque y siempre llego tarde?" Este tullido mostró su gran deseo de sanarse juntamente con su carencia de poder para lograr su curación. ¡Había intentado varias veces durante treinta y ocho años y siempre había fracasado! Sin embargo no perdía la esperanza.

Os ruego que miréis con los ojos de la imaginación a este pobre hombre. Deseo que ustedes se fijen en que carecía de méritos. ¡Era en realidad, un desbauciado en la sociedad! ¡Era, como algunos de los hombres con quienes me encuentro y convivo en el Hogar de Marineros que el Ejército de Salvación tiene en la ciudad de Montevideo! Escuchad esta conversación imaginaria sostenida en un hogar jerosolimitano.

"¡Mamá!" dice un muchachito. "Esta tarde al regresar de la escuela pasé por el estanque de Betesda y nuevamente vi allí al tullido! ¿Cuánto tiempo hace que va allá?"

"Hijo, creo que concurre todos los días al estanque desde hace veinticinco años. La primera vez que lo vi era yo una niña. ¡Mira, voy a confiarte un secreto! Cuando las cosas no me van bien, siempre pienso en la fuerza de voluntad que tiene ese pobre enfermo!"

Entre todas las cosas que conocemos se encuentran hombres que han naufragado en la vida, pero que han intentado levantarse y siempre han fracasado nuevamente. Hombres que han esperado escuchar de sus semejantes: "Levántate, toma tu lecho

y anda". Así le dijo Jesús al tullido que yacía aquella tarde en el estanque de Betesda; y aquel tullido tuvo capacidad para responder al instante.

El Espíritu Santo está diciendo constantemente a hombres espiritualmente inválidos; "levántate y anda", "Dios te ha amado tan grandemente que ha dado a Su Hijo para morir por ti" y los tullidos espirituales que yacen en las gradas miserables del estanque del pecado, desoyen esa voz divina, no despiertan al llamado del Espíritu Santo, no responden a esa orden que los invita a nueva vitalidad y a una vida más vigorosa. ¡Agustín, el que llegó a ser obispo de Hipona, pasó mucho tiempo escuchando esa voz que resonaba en su alma diciéndole: "¡Agustín, levántate, anda", y siempre respondía a la voz: "Sí, me levantaré, andaré, pero no ahora. ¡Espera, espera un poco más!

Cuando Jesús se encontró con el tullido en el templo, le dijo: "Mira, has sido sanado" —sanado de una enfermedad producida por una conducta viciosa— "no peques más, no sea que te venga algo peor".

Indudablemente, Jesús conocía la causa de aquella enfermedad de la que fue sanado el tullido. Sabía que la vida traería a ese hombre dificultades y pruebas mil. Sabía que la obediencia al Espíritu de Dios fortalece la voluntad, y la voluntad fortalecida está capacitada para volver la espalda a la tentación y al tentador. Este hombre, que ayer era un tullido; este hombre no obstante sus sesenta años, había triunfado poniendo su confianza en Cristo. ¡Ahora estaba sano! El gran ideal de su vida había sido alcanzado.

Durante mis veinte años de ministerio en la HORA LUTERANA he visto milagros, ¡verdaderos milagros! Yo puedo decir en esta hora a todos vosotros: "El día de los milagros no ha terminado". Yo me he encontrado con personas cansadas y agobiadas espiritualmente y a quienes las he invitado a alzar los ojos del alma para que mirasen la cruz teñida con la sangre del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Yo he visto a esas almas levantarse, sintiéndose fortalecidas y restablecidas por haber puesto toda su confianza en las palabras de Cristo: "Hijo, hija; levántate y anda, tus pecados te han sido perdonados. Vete y no peques más".

Yo he visto esas almas erguidas y marchando hacia delante por los caminos de la vida; no siempre libres de sus cargas, pero

llevándolas con dignidad. Yo he visto hombres y mujeres derrotados quienes han puesto su confianza en las palabras de Cristo y se han levantado como nueva ave fénix.

Es verdad que no he tenido la oportunidad de ver un estanque como el de Betesda, ni a un tullido que se haya puesto en pie, pero he visto corazones humanos sacudidos por la influencia del Espíritu Santo, y he visto las vidas de esos corazones completamente rehechas. ¡No puedo explicarlo, señores! Pero esto sé: Cuando la esperanza es grande y se le da una oportunidad a Dios, ocurren cosas extraordinarias en las vidas de los hombres. Amén.

A. L. M.

¿SABIA USTED QUE?

¿Sabía Ud. que la población católica romana de los Estados Unidos de Norteamérica aumentó en los últimos diez años en 37,7 %? Actualmente, 46.246.000 norteamericanos pertenecen a la Iglesia Católica Romana, lo que significa un aumento de 605.000 almas, esto es 1,3 % para el último año. Para ilustrar este cuadro podemos comparar las cifras con las correspondientes en otros campos eclesiásticos. La Iglesia Luterana-Sínodo de Misuri, que entre las tres grandes iglesias luteranas de Norteamérica anotó el último año el mayor crecimiento, logró ganar en este tiempo 43.667 nuevos miembros, lo que significa un crecimiento de 1,568 %. Su feligresía total de 2.788.241 almas está organizada en 5.948 congregaciones y guiada espiritualmente por 4.636 pastores. Las mencionadas tres grandes iglesias luteranas —la Iglesia Luterana en América, con 3,2 millones de feligreses, la Iglesia Luterana-Sínodo de Misuri, y la Iglesia Americana Luterana, representan 95 % del luteranismo en Norteamérica, el cual tiene algo más de 9 millones de miembros.

¿Sabía Ud. que entre los lugares destacados de la historia de la Reforma, Eisleben, Wittenberg, Wartburg, Leipzig, todos situados en la zona soviética de Alemania, los cuales al celebrarse en el próximo año el 450 aniversario de la Reforma, serán mencionados tantas veces, el castillo de Wartburg ya existe por más de 900 años?